

Anécdotas Cotidianas

Todo comenzó cuando mi esposo trajo a casa dos viejos televisores marca *Caribe*, llenos de comején para ser utilizados como piezas de repuesto. Entonces no sabíamos que al pequeño Rafael la imaginación le brotaba por sus manitas, y que pronto estos artefactos se convertirían en algo explosivamente terrorífico.

Así, un día de limpieza me fui a la biblioteca de nuestra casa, con el ánimo de poner orden al caos allí reinante, y lo que vi me erizó los pelos de la cabeza. Sobre el viejo buró yacía un aparato eléctrico nuevo, desconocido para mí y que no podía adivinar de dónde había salido.

Al preguntar sobre aquel aparato, el “Rafa” me prohibió tocar algo de su “nuevo invento”. Conocedor de mi afán por ordenar cosas, se paro firme, con los brazos abiertos y me suplicó:

“¡No lo toques, mamita! Todavía no está terminado, pero puede explotar en cualquier momento”.

Miré detenidamente y descubrí algunos objetos que hacía tiempo faltaban de su lugar acostumbrado; así fui analizando detalle por detalle y me di cuenta que utilizando el sistema eléctrico de uno de los televisores, un reloj despertador, dos cables viejos, una hembra de tomacorriente, un poco de “tape”, una pinza y las tijeras, el pequeño había inventado una bomba casera, que de conectarse a la red eléctrica (110 v) seguramente explotaría, podrán imaginarse mi reacción: gritos, sustos, amenazas, incompreensión...

El pequeño, con mirada picaresca observaba mi horror y con satisfacción decía: “No te asustes, es de mentirita.”

Al regresar del trabajo mi esposo, este contempló por largo rato el invento; él es químico y tiene buenas nociones de la física, aunque no sea su fuerte, y determinó:

“-Sí, definitivamente sí, si se conecta a la corriente no sólo explota, sino que el corto circuito hará sonar durante tres días el despertador sin necesidad de darle cuerda, y nosotros tendremos que alambrar la casa nuevamente”.

Negra Perspectiva

Decidimos desactivar por nuestros medios la bomba, sin necesidad de recurrir al cuerpo de Tropas Especiales, y clausurar definitivamente el tomacorriente. Dos días después, los dos viejos televisores fueron a parar al latón de la basura.

Este fue el inicio, y con temor creo que no es el final, ¡a los niños se les ocurre cada cosa!

Yo recuerdo que a mí me dio por buscar tesoros ocultos y abrí no muy pocos huecos en los muros y en el terreno lateral a mi casa hasta que el auto del vecino, que allí parqueaba, se cayó en un hoyo de aproximadamente un metro de profundidad, donde yo esperaba encontrar algo más que monedas y antiguas joyas de la colonia enterradas allí por el pirata Juan el Manco (Juan, por Juan Antonio, mi abuelo, que no era manco, por supuesto). Manca me dejó mi mamá de la paliza que me dio, unida al

castigo de hacer doscientas líneas que así rezaban: “No debo abrir huecos por dondequiera”.

De estas anécdotas saco en conclusión que los padres no ganamos para sustos y sorpresas, y contradictoriamente a lo que pensamos muchos, no siempre los juegos de infantes son tan inocentes, y de esos juegos se desprende, no pocas veces, nuestra futura profesión. Yo, por ejemplo abría huecos y confieso que me hubiera encantado haber sido arqueóloga, preferentemente una egiptóloga y terminé estudiando y ejerciendo la arquitectura, así que ahora relleno y resano todos los huecos que antaño abriera.

Tal vez en un futuro no muy lejano, mi nene me arregle la plancha rota o pueda cambiarle exitosamente la polea a la máquina de coser, o convertir mi vieja lavadora Aurika en una moderna LG computarizada. ¡Sería maravilloso! Pero mientras tanto, lo vigilo y rezo para que no le dé candela a la casa con su nueva trampa para atrapar ladrones. Recordemos todos que “el ojo del amo engorda el caballo”.

**Colaboración de
Ma. Isabel Rodríguez
Parroquia Santa Clara de Asís**